

— “Sermon/de N.S.P./S. Francisco, /\*que\*/ en su día, y Convento de la/ Descalces Seraphica de la Ciudad/de Antequera, Valle de Oaxaca,/ Predicó/el Ilmo, y Rmo. Señor Dr. D. Isidro/Sariñana, y Cuenca, del/Consejo de Su Magestad y Obispo de la/ Misma Ciudad, este año de 1687./ Dedicale Fr. Joseph Montoro, Calificador del S. Oficio de/la Inquisición, Examinador Synodal deste Obispado, y/Guardián del sobre-dicho Convento./Al Ilmo. y Revmo. Sr. Dr. D. Manvel Fernandez de Santa Crvz, del/ Consejo de su Mdestad, Obispo de la Ciudad de/la Puebla de los Angeles./Sale a luz á costa de vn devoto de N.P.S. Francisco./Con licencia de los Svpiores./En Mexico: por Doña María de Benavides, Viuda de Juan de/Ribera en el Empedradillo. Año de 1688.”

En 4º Prel. 12 ff.: Portada, v en b.; Dedicatoria fechada en Oaxaca, Octubre 20 de 1688; Aprobación de Fr. Baltasar Medina, dieguino, Diciembre 7 de 1687; el día 9 breve Licencia del Virrey; Parecer del P. Florencia, S.J., día 15; Licencia del Ordinario el 16. Texto, ff. 1 á 12 Termina con “O.S.C.S.M.E.C.R.”

“Mitología sacra”

Imp. en México por Calderón. En 4o. Su autor, el Ilmo. Sr. D. Isidro Sariñana. (Beristáin).

#### IV NOTICIA DE LOS IMPRESORES

Francisco Rodríguez Lupercio es el impresor de la “Noticia breve...” y la viuda de Calderón lo es del “Llanto de Occidente...”

La viuda de Bernardo Calderón era Paula Benavides, sevillana ella y su difunto esposo, complutense; natural de Alcalá de Henares. La imprenta se estableció en 1641, en la calle de Santo Domingo; en 1645 al enviudar doña Paula ostentó su nombre: “Imprenta de la viuda de Calderón”. Los hijos fueron: Antonio, Gabriel, Diego, Bernardo, María y Micaela.

Bernardo ayudó a su madre en los trabajos de la imprenta, fue además, fundador de la unión de San Felipe Neri. A los diecinueve años, Calderón Benavides, obtuvo el privilegio de ser impresor del “Secreto del Santo Oficio”. Nunca quiso poner su nombre al establecimiento, fue bachiller en leyes y sacerdote consagrado en 1655. En esta imprenta se hicieron trabajos para el Duque de Escalona, el Conde de Salvatierra y don Juan de Palafox. El Conde de Paredes, en Agosto de 1684, otorgó a Diego, hermano de Bernardo, el privilegio de imprimir las cartinas y todos los papeles que encargaba el Gobierno Virreinal.

Desde 1684 dejó de llamarse “De la viuda de Calderón”.

En 1666 se imprimió en el establecimiento de la viuda de Calderón el “Llanto de occidente...” que ahora reproducimos; sirva este ejemplar de una verdadera belleza tipográfica para tener idea de lo que en México se realizaba durante el siglo XVII.

Francisco Rodríguez Lupercio es el nombre del impresor de la “Noticia breve...” de Isidro de Sariñana. Su imprenta se encontraba enfrente del puente de palacio.

El primer impreso que se conoce de Rodríguez Lupercio es aquel en latín que comienza con “Frater Ignatius de la Llama ” de 1658. En el pie aparecen dos nombres: Agustín de Santiesteban y el de Rodríguez Lupercio desde 1658; es socio de Santiesteban, hasta 1662 en que no hay impresos que ostenten ambos nombres. Se reanuda su pro-

ducción en 1663 hasta 1684, en que murió nuestro Rodríguez Lupercio y al año siguiente su viuda membretaba los pies de imprenta. El último impreso de Rodríguez Lupercio es el "*Debido recuerdo...*" que es un panegírico dedicado a Fray Payo Enriquez de Rivero. El primer impreso de la viuda se titula "*El Abraham Evangélico...*" por Fray Juan de San Miguel y está fechado en 1685.

También era taller de grabado, alguna vez se anunció como "*Ex tecca et graphiario*" pero Rodríguez Lupercio fue más bien librero que impresor y grabador.

## V. COMENTARIOS A LA "NOTICIA BREVE..."

Este opúsculo de 50 folios del doctor Sariñana denominado "*Noticia Breve de la solemne, deseada y última dedicación del Templo Metropolitano de México*" es un documento fresco, sabroso y útil; uno de los "clásicos" de la imprenta mexicana del siglo XVII. Los anteriores adjetivos quieren significar el valor que representa para el que por vez primera se acerca a estos asuntos virreinales. Para el historiador es una obra, aunque somera, sustanciosa, rica en noticias referentes a la construcción de la catedral, su adorno; las etapas diversas en que cerraban bóvedas, se elevaban muros, se colocaban retablos, etc. Nos habla, por ejemplo, de que "Nuestra Señora de la Asunción (misterio titular de esta Santa Iglesia) es de oro, como también la peana, y cuatro ángeles, que asisten reverentemente obsequiosos a tanto propiciatorio; peso ciento y treinta y nueve marcos y cinco onzas y media, que hacen seis mil novecientos y ochenta y cuatro castellanos". Esta imagen, hoy desaparecida, que debió ser impresionante, la fundieron en 1845.

Después de 1667, la catedral seguía siendo edificada. Aumentaba su número de retablos; llegó Balvás en 1718 e hizo el altar del perdón, el de los reyes, el ciprés; se hizo la reja del coro, se instalaron las balaustradas; se rehizo la cúpula; se remataron las torres y así pasaron, no sólo décadas, sino centuria y media para que realmente fuera concluida.

Francisco de la Maza, historiador del México colonial, nos dice que: "La catedral de México, si bien empezada en el siglo XVI, con planos de Claudio de Arciniega, es obra, en realidad del siglo XVII, incluso con tales modificaciones de los planos primitivos, que resulta otra".

"El desarrollo constructivo del siglo XVII es el siguiente: de 1573, año de su iniciación, a 1615, "se levantaron muros de toda la circunferencia del templo a más de la mitad de su altura — como dice Sariñana, el primer cronista de la catedral— las paredes de las capillas y algunas columnas hasta su capitel y otras a los últimos tercios y se hicieron las bóvedas de lazería a las entradas que corresponden a la capilla mayor, que llaman de los reyes, la sala capitular y las cuatro primeras capillas, dos por cada banda..."

"En ese año hizo una "montea" o plano el arquitecto Pérez de Castañeda, a quien hemos citado y que era por entonces maestro mayor de la catedral. Estos planos fueron enviados a España y el rey Felipe III ordenó que se adaptase a lo hecho un nuevo proyecto de su real arquitecto Juan Gómez de Mora, pero con "la libertad de escoger la mejor traza".

"En 1627 se acabaron las dos primeras capillas de la entrada: a la derecha, una con bóveda gótica y la otra, como "novedad" con bóveda renacentista y "se hermoseó con lazos, torsos y figuras de medio relieve en yeso, con perfiles dorados".

En 1637 comenzaron las bóvedas, dice de la Maza, y en 1667 se concluyeron. La torre derecha se terminó en 1654. En 1656 fue dedicada, por primera vez, sin que estuviera concluida; la cúpula se terminó en 1665. Las puertas de madera son de 1659, los portones laterales de 1680 y el segundo cuerpo de la principal de 1682.

Gracias a Sariñana, los posteriores cronistas de la catedral como Toussaint, de la Maza, etc., supieron cómo y cuándo se realizó la obra magna del templo catedralicio de México en sus primeros tiempos, es decir, hasta 1667.

Casi todo el libro trata de la historia de la catedral y su descripción; sólo al final reseña las fiestas de la nueva dedicación. Si leemos con atención sabremos que el Marqués de Mancera quiso hacer esta ceremonia a pesar de que no estuviera concluido el templo. Quien fue comisionado para organizar el evento era el oidor más antiguo de ese entonces, don Francisco Calderón y Romero. La fecha fue elegida porque conmemoraba el cumpleaños de Mariana de Austria, viuda de Felipe IV y madre de Carlos II.

Así para el 22 de Diciembre de 1667, todas las órdenes religiosas de frailes y hospitalarios expusieron altares con sus respectivos atributos, santos y maravillosos objetos.

Hagamos un paseo retrospectivo tratando de resumir lo que dice Sariñana. El día 21 por la tarde, luminoso como pocos, "cuya noche ni llegó", el virrey, la audiencia, el cabildo civil y el cabildo eclesiástico salieron de palacio rumbo a la catedral a oír la misa de vísperas.

A la mitad del siguiente día se fueron formando las vallas de soldados a los lados del tramo que recorrerían poco más tarde los personajes representantes del virreinato.

Las cofradías iban tomando su lugar. De pronto se inició la procesión. No asistió a ella la Virreina, Marquesa de Mancera, porque en Catedral estaba sentada del lado del evangelio, esperando en su palco a los procesionarios. De pronto comenzaron a aparecer las comunidades religiosas ostentando cruces, pretilos y estandartes. Una cruz, más alta de todas, se advertía. El clero avanzaba en lenta marcha; el cabildo catedralicio llevaba la pesada imagen de oro y pedrería de Nuestra Señora de la Asunción que mencionamos líneas atrás. Tras del clero secular aparecían jueces, oficiales reales, los miembros del tribunal mayor de cuentas, la audiencia y el Virrey, todos ataviados según su rango o condición. Atravesaron la puerta oriente del templo mayor mientras se elevaban voces de salve. Dio principio la misa que ofició Juan de Poblete revestido de ornamentos de seda blanca con bordados dorados; lo ayudaron el diácono Juan de la Puerta y el subdiácono Luis Francisco Moreno. La misa transcurre entre coros y música. Por fin, el gran evento ha concluido; el Virrey se retira a Palacio con su esposa, los frailes regresan a sus conventos, los altares se desmontan...

Ese día fue solemne, deseado y por ello las órdenes religiosas levantaron altares en la calle. El atrio de catedral en 1667 era cementerio. En su superficie y apoyados en los muros de la catedral, las congregaciones de San Felipe Neri y San Francisco Javier presentaron sendos altares. El primero consistió en una mesa adornada con tres frontales de plata más otro encima, sobre él un cuadro de cristales que sostenía una estatua de San Felipe con un corazón de plata y una azucena de perlas. El segundo se adornó con dos columnas: una con la leyenda *plus* y la otra; *ultra*, "más allá"; lágrimas de pluma, ángeles de plata y

como motivo principal un Niño Jesús recamado de piedras preciosas.

Enfrente de las casas del conquistador, Marqués del Valle de Oaxaca, Santo Domingo tenía su altar, de diez varas de frente por diecinueve de alto. Lo cubría un enorme paño blanco y dorado; en medio de un nicho, la Virgen del Rosario encima de cuatro gradas de plata; del mismo metal era la concha del capialzado. El vestido muy rico. En la primera grada, Santo Domingo, de plata, encima un relieve de coral con la Purísima Concepción como motivo, a los lados, Santo Tomás de Aquino y el beato Alano de Rupe en madera estofada.

A un lado del altar de los dominicos, los franciscanos instalaron el suyo. Veinte varas ocupaba de ancho y doce de alto. También era blanco con galones de oro. Hasta arriba había una Santísima Trinidad, abajo una Asunción y casi en la base, un San Francisco pisando a Quetzalcóatl.

A la mitad de la procesión, los agustinos levantaron un ciprés exento, cubierto de balaustros. Era una gruta, un monte con árboles y en lo más alto un templo con una pinturita de San Agustín al temple, y como remate doña María-Ana y don Carlos, reyes de España.

Enfrente de palacio estaba el altar de los carmelitas. Al pie, un Niño Jesús, tres frontales cubiertos de brocado, forrados de seda y seis relicarios de marfil. En el centro, el águila mexicana sobre un nopal; encima San José, alrededor doce espejos, un crucifijo, sesenta y cuatro faroles y dieciocho blandones.

Sobre el palacio, en su esquina, cerca ya del Arzobispado se levantó el altar de los mercedarios. Era un carro móvil que paseaban los frailes, cuadrado, de siete varas por siete, forrado de tapetes con perfumeros, jarras y ramilletes de plata. Lo ornamentaba una imagen de la Asunción sobre una colgadura de damasco. Al pie de la imagen iba la efigie de don Carlos II, entre San Pedro Nolasco y San Ramón Nonato. En las esquinas, escudos de Castilla, León, Aragón y la Merced.

En frente de la puerta de la Catedral, sobre la calle del Relox, estaba la "invención" barroca de la Compañía de Jesús. Los jesuitas, sobre una base cuadrada de ocho por ocho, hicieron un monte de plata, con trece frontales, un trono y sobre él, la Asunción; en torno a ella, relicarios con

marcos de ébano, dorados en las esquinas. Esta pirámide de plata se remataba con un águila. San Francisco Javier y San Ignacio de Loyola, maderas estofadas, dentro de baldaquines de plata, y alrededor siete niños.

Entre el altar de Santo Domingo y San Francisco los juanicos hicieron representar la escena de cuando la Virgen le puso la corona de espinas a San Juan de Dios.

Entre el altar de San Agustín y el altar de los carmelitas, los hipólitos, en su decoración para esta festividad, recordando el 13 de Agosto de 1521, fecha de consumación de la conquista, día de San Hipólito, pusieron escenas de esos hechos; Cortés y el águila, esta última cubierta de diamantes.

Imagínese el lector lo que Sariñana reseña. ¡Opulencia en tiempos barrocos! ¡Oro, plata, diamantes! La riqueza de Nueva España expuesta al pueblo para aclamar la Asunción de la Virgen, patrona del Templo Mayor, en el día de la última, solemne y deseada dedicación de la Catedral de México.

## VI. COMENTARIOS AL LLANTO DEL OCCIDENTE

La obra del doctor Isidro Sariñana y Cuenca titulada el "*Llanto de Occidente, en el ocaso del muy esclarecido sol de las Españas*" es una elocuente muestra del barroco mexicano. Es un libro precioso por muchos aspectos. La riqueza de sus informaciones y su estilo nos hacen captar al siglo XVII novohispano, sus tonos, su sabor, su clima. El tema no puede ser más propio para acercarnos a esa atmósfera de México y España bajo el esplendor de la decadencia de los Austria.

Sariñana rebasó la intención de relatar "*Las Fúnebres Demostraciones*" que se hicieron por muerte de Felipe IV y aprovechó el tema para describir el palacio de los Virreyes, reseña que González Obregón reproduce en el "*México Viejo*".

El palacio que conoció Sariñana es el anterior al tumulto de 1692, pues el 8 de Junio de ese año fue incendiado por hambrientos amotinados, ante la sorpresa de don Gaspar de la Cerda y Sandoval, Conde de Gálvez, que se hallaba en San Agustín en la misa de Corpus. Se ha queri-

do ver en este suceso, motivado por la escasez de trigo y encarecimiento del maíz, un antecedente de la independencia.

Entre las múltiples cosas que reseña Sariñana del Palacio en 1666 hay que anotar dos para los estudiosos de la pintura: La Mención de una obra de Tiziano, que representaba a Carlos V, colgada junto con los retratos de los Virreyes (hasta el Marqués de Mancera) en los muros de la sala principal del Real acuerdo. Y la segunda "El martirio de Santa Margarita" de Alonso Vázquez, sevillano, que merece un marcado elogio de Sariñana, tal vez excesivo, pues lo compara con Tiziano y Miguel Ángel. Era la pintura que ornamentaba el retablo de la Capilla del Palacio, hoy destruido.

El libro comienza, después de siete folios de licencias y aprobaciones, relatando cómo llegó la noticia de la muerte del rey el 12 de Mayo de 1666, con varios meses de retraso, pues falleció el año anterior. Cuatro días después un pregonero anunciaba el contenido de los pliegos que enviaba Mariana de Austria, la Reina viuda, y la cédula que ordenaba las honras fúnebres de Felipe IV.

El 26 de Mayo se publica y el virrey ordena que se disponga la gran ceremonia con su previo novenario. El túmulo se encarga a 150 artistas dirigidos por Pedro Ramírez, pintor y arquitecto barroco, autor de las pinturas de la Capilla de la Soledad de la Catedral de México, del famoso "San Pedro y el Ángel" interesante pintura "tenebrista" y el "Jesús entre sus Angeles" de la iglesia de San Miguel de la ciudad de México, entre otras cosas.

En el patio de la Universidad se trabajó el monumento. Carpinteros, talladores, doradores, ensambladores y pintores se afanaban en concluir la pira que debería ser armada debajo de la cúpula de la catedral, después de quince días de trabajo. Lo último que se añadió al túmulo fueron las velas que arderían el día 23 y 24 de Julio de ese 1666.

Después de hacer la relación de los hechos referentes a las "*Fúnebres Demostraciones*", y a partir del folio 39, Sariñana describe minuciosamente la pira y a su texto lo titula "Fábrica, Geroglíficos y Poemas Ilustrados". Por último se refiere a los versos que van acompañados de 16 grabados que reproducen las pinturas del basamento. Algunos temas son interesantísimos y todos de gran atractivo;

las pinturas tal vez fueron obra de Pedro Ramírez y ¿por qué no?, también los grabados y la estampa de la pira.

La descripción se complementa con un espléndido grabado que representa el interior de la catedral, dos años antes de la segunda dedicación (1668), con la pira al centro y debajo del cimborrio.

Cabe advertir que este grabado demuestra que los vitrales de la catedral, los originales, eran a base de dibujos geométricos; es importante esto para que reflexionen los responsables de los actuales (1). Las rejas son las mismas de madera llamada tapincerán, el piso era ajedrezado y la cúpula achaparrada (sustituida posteriormente por Manuel Tolsá).

El monumento funerario está descrito por Sariñana, representado por el grabado y vuelto a describir por Tous-saint y de la Maza, por lo que no es conveniente insistir. Los lectores podrán admirarlo y notar las pinturas en el basamento, el águila mexicana debajo del catafalco, simulado por un manto que envuelve un cajón y encima una corona, un cetro, una espada, y el anaurama helénico de Cristo.

El friso del entablamento que está entre el primer y segundo cuerpo está ornamentado por unos círculos que contienen "calaveras". Las estatuas de los Reyes, seguramente estofadas, nos hacen pensar en el antiguo altar mayor de la catedral, es decir, el primitivo retablo de los Reyes. La estatua de Felipe IV fue tan perfecta, que según Sariñana, hacía que lloraran los dolidos de la muerte del "más esclarecido sol de las Españas".

El estilo del monumento no es barroco, precisamente, sino manierista. Las columnas, aunque jaspeadas, son clásicas, como los canecillos del entablamento y las lacerías de los frisos. Lo barroco es la cera, la iluminación que inunda al túmulo. Los candelabros, aunque sencillísimos pináculos, tienen un sentido barroco y encienden el tenebroso aparato.

Nuestro cronista dice que el 23 de Julio se hizo una procesión. Ese día fue fatal por las lluvias, la oscuridad y tal vez el frío. Alrededor de la calle del Relox (hoy Argentina), de Cordobanes (hoy Donceles) y de Santo Domin-go (hoy Brasil) se hizo un pasadizo de madera que comenzaba en Palacio y terminaba enfrente de las casas del Mar-

qués del Valle, es decir, en la puerta poniente de la catedral.

Los asientos, como en todas las ceremonias virreinales, se disponían con todo cuidado equiparando la realidad, pues las jerarquías cotidianas se acomodaban en las bancas o en las sillas según sus rangos, tal como en la composición social.

Al oaxaqueño Nicolás de la Puerta, indio puro y sacerdote doctísimo, se le encargó una oración latina que copia Sariñana en el libro. A las diez y media del día veintitrés, terminó la ceremonia en medio de la tremenda lluvia de una noche terrible. El Virrey regresó a Palacio como pudo, tal vez enlodado.

Al siguiente día, desde las cinco de la mañana a las diez, cada una de las religiones (las órdenes), ofrecieron una misa por el alma del Rey. A esta hora salió la audiencia del Palacio hacia la Catedral y el chantre Juan Juárez de la Cámara, ofició la misa ayudado por el diácono Ibarra y el subdiácono Orrego. Ocupando la cátedra sagrada, Juan Poblete.

Sariñana termina su obra a la vuelta del folio 151 con la oración de Poblete.